

§ 192

Hábitos sobrenaturales de las potencias humanas (gracia habitual)

I. Ser sobrenatural y acción sobrenatural

1. La transformación y conversión del hombre pecador en justo, ocurre desde la *raíz misma del ser humano*; en donde empieza el ser iluminado e inflamado por la luz y fuego de Dios. La iluminación e inflamación que llamamos gracia santificante, inhiere también en las *fuerzas y potencias* humanas. No se detiene en el punto en que la voluntad, el entendimiento y el ánimo se especifican como facultades distintas, sino que sobrepasa ese punto y llega hasta las fuerzas mismas del hombre. Sería raro que no fuera así. Todo ser tiende y quiere expresarse en la acción. Ninguna cosa lo consigue en la esfera de lo natural. Sólo en Dios se expresa exhaustivamente el ser en acción; como vimos en el primer volumen, Dios es acto puro; la acción es su esencia y su esencia es acción.

El ser y vida divinos sobrenaturales que nos son infundidos tienden, por tanto, a *expresarse en actividad*. Primariamente, obran una conformación y divinización del ser sustancial del hombre, es decir, un hábito entitativo sobrenatural. Pero como no hay ningún ser rígido o estático, este hábito sobrenatural tiende a realizarse en la acción. Se verá aún más claro si se piensa en que la luz y fuego que se nos infunden son una imitación e imagen del fecundo conocimiento y amor de Dios—máxima actividad posible—, y en que ser cristiano significa ser incorporado a la realización total de Dios trino. Pertenece, por tanto, a la esencia del estado de cristiano el tender a la acción. No debe confundirse esta acción con la actividad que siempre está emprendiendo cosas nuevas, so pena de malentenderla; no es sólo movilidad o agitación externa; también la contemplación es acción en el sentido aquí mentado: es una acción (*Handeln*) en la que se realiza la comunidad con Dios.

Si la vida divina infundida en nosotros tiende a realizarse y representarse, es natural que también las fuerzas, potencias y facultades de acción sean afectadas por la transformación y conversión que Dios obra en el ser del hombre. La transformación del corazón humano no podría representarse en el ejercicio de las fuerzas, si

éstas siguieran siendo "viejas". También ellas son iluminadas e inflamadas por la ígnea luminosidad y fuego luminoso de Dios.

2. El fluir del ser divino en las potencias humanas no ocurre en un proceso natural; Dios mismo es quien lo infunde en las potencias, pero es la divinización inherente a la raíz misma del ser humano el elemento en que Dios introduce las potencias del hombre. No hay, pues, divinización duradera de las potencias humanas sin divinización del yo humano, es decir, sin gracia santificante; no hay conversión duradera de las potencias humanas a Dios sin conversión de todo el yo humano a El. Sin esta última, la primera estaría como en el aire.

Algunos teólogos defienden la teoría de que el hábito sobrenatural de la caridad sólo es infundido con la gracia santificante, pero que los hábitos sobrenaturales de la fe y de la esperanza son infundidos ya con el primer acto de esas virtudes. El Concilio de Trento parece, sin embargo, hablar contra esta opinión (D. 800); dice que el hombre recibe la fe, la esperanza y la caridad junto con la justificación. No habla de otros modos de ser concedidas la fe y la esperanza.

3. Cuando se pierde la gracia santificante por el pecado, cuando se destruye, por tanto, la ordenación del yo humano a Dios, no se pierde también la ordenación de las potencias humanas a Dios, se apaga la luz y el fuego, en que se reflejan el conocimiento y amor de Dios. Es natural que por el pecado y aversión a Dios se pierda la caridad habitual; pero no son destruidos del todo los hábitos de la fe y de la esperanza. Incluso quien está en pecado grave sigue estando dirigido de algún modo a Dios en la fe y la esperanza, mientras no reniegue expresamente de esa ordenación (por un pecado contra la fe o contra la esperanza). Los hábitos sobrenaturales de la fe y esperanza pierden por el pecado mortal su esplendor y vivo impulso hacia Dios, pero se mantienen en su forma apagada e inánime. Por supuesto, todo pecado grave tiende a eliminar la fe y la esperanza; cuando siguen existiendo son informes. El Concilio de Trento las llama "muertas" (D. 838). En este sentido todo pecado mortal implica la incredulidad y desesperación.

Sin gracia santificante no hay caridad ni hay fe y esperanza vivas. Y viceversa: la gracia santificante en razón de una acción especial divina se realiza siempre en la divinización de las potencias humanas.

II. Virtudes y dones

1. Cuando hablamos de que al hombre en gracia se le infunden las *virtudes sobrenaturales* y los *dones del Espíritu Santo*, aludimos a la divinización de las potencias humanas.

Cuando se habla de la infusión de las virtudes sobrenaturales, la palabra *virtud* se usa en sentido distinto del que tiene en la *Ética* de Aristóteles. La gracia sobrenatural es un ser mediante el cual se obra el perfeccionamiento, elevación y divinización de las potencias. Por tanto, las virtudes sobrenaturales no cambian ni transforman ni la estructura ni la fuerza de las potencias naturales.

Se observa aquí *una gran diferencia entre las virtudes sobrenaturales y las naturales*: las virtudes naturales se adquieren por ejercicio y costumbre; son habilidades (*Tüchtigkeiten*) que el hombre se procura para poder hacer el bien más fácil y agradablemente. Las llamadas virtudes sobrenaturales, en cambio, no se adquieren por costumbre o esfuerzo, sino que las regala Dios por libre benignidad; no tienden primariamente al fácil ejercicio del bien, sino a su realización cristiforme; tampoco son primariamente ayudas para el buen obrar, sino disposiciones para la *calidad divina* de nuestro obrar. Por tanto, no vencen inmediatamente las dificultades que se opongan en nuestro camino hacia el bien, como son la pereza, comodidad, sensualidad y egoísmo. No hay que admirarse de que también el hombre que está en gracia tenga que luchar contra los poderes antidivinos y a veces sucumba a ellos. Las virtudes sobrenaturales conceden sin duda a las potencias humanas cierta afinidad con Dios y, en consecuencia, un impulso íntimo hacia Dios; pero como no anulan las dificultades que se oponen a la realización del bien, la afinidad con Dios infundida en las potencias sólo se realiza cuando el hombre se decide a luchar resueltamente contra los impedimentos del bien.

Por virtudes entendemos, por tanto, el *perrechamiento sobrenatural, la divina cualificación de nuestras potencias*.

2. Hay que distinguir virtudes *teologales* (divinas) y virtudes *morales*.

a) En esta división entendemos por *virtudes* divinas el perrechamiento sobrenatural de las potencias humanas, por el cual somos capacitados para afirmar, amar y anhelar a Dios, por la sola razón

de ser Dios y de modo deiforme; el modo deiforme consiste en que afirmamos y amamos a Dios según el modo en que El mismo se afirma y ama, de manera que nuestra afirmación y amor a El son realización y representación de la autoafirmación que El cumple en el amor. También se puede decir: Dios es el objeto material y formal de las virtudes teologales. En este contexto la expresión virtudes teologales significa primariamente la cualificación sobrenatural de nuestras potencias, pero se usa también en la moral teológica—y con razón—, para denominar la acción procedente de esta cualificación sobrenatural. Las virtudes teologales con que afirmamos, amamos y anhelamos a Dios son la *fe, esperanza y caridad*.

b) Por *virtudes morales* entendemos una cualificación sobrenatural de nuestras potencias que nos capacita para dominar todas las situaciones de la vida desde la fe, esperanza y caridad, es decir, para obrar como corresponde a nuestro ser deiforme. Esta cualificación sobrenatural tiende a la realización del bien (el objeto material es algo creado) por amor al Dios trino que inhabita en nosotros (el objeto formal es Dios). Las virtudes morales más importantes son las llamadas *virtudes cardinales*.

III. Virtudes teologales

La afirmación de que las tres virtudes teologales son infundidas es tan segura, que es próxima a la fe (*fidei proximum*).

El Concilio de Vienne dice que las virtudes y la gracia en cuanto hábitos son infundidas (D. 438), y el Concilio de Trento afirma que el justificado recibe la fe, la esperanza y la caridad junto con el perdón de los pecados (D. 800).

La Escritura testimonia la infusión de las virtudes teologales (*I Cor.* 13, 8-13; *Rom.* 5, 5).

Actualmente la doctrina más común entre los teólogos es que también las virtudes morales son infundidas. El Catecismo Romano lo sugiere cuando dice que la gracia santificante es un “noble acompañamiento de todas las virtudes”.

Hablan a favor de esta doctrina en la *Escritura II Pet.* 1, 3-7 y *II Tim.* 1, 7.

En la época de los Padres defienden esa doctrina sobre todo San Agustín y San Gregorio Magno.

Dice Santo Tomás de Aquino (*Suma Teológica* I, 2, q. 62, art. 1): “Por la virtud queda perfeccionado el hombre en sus actividades, por las que

está ordenado a la felicidad. La felicidad es doble en el hombre: Una, adecuada y conforme a la naturaleza humana, que el hombre puede alcanzar con sus fuerzas naturales; la otra, superior a la naturaleza del hombre, que por ser participación de la divinidad tan sólo puede lograrla con la virtud divina. En este sentido se dice en *II Pet.* 1, 4 que por Cristo somos “partícipes de la naturaleza divina”. Y puesto que una felicidad tal sobrepasa la medida de la naturaleza humana, no bastan las fuerzas naturales del hombre (por medio de las cuales, de acuerdo con la medida de su poder, el hombre obra el bien) para ordenarle a esta felicidad. Hace falta que Dios dé unas determinadas fuerzas para que se ordene a esta felicidad sobrenatural, así como por medio de las naturales—aunque no sin la ayuda divina—está ordenado a un fin natural. Estas potencias son las virtudes teologales; así se llaman, porque tienen a Dios por objeto, pues por ellas recibimos la ordenación verdadera a Dios y, además, por ser infundidas por Dios; finalmente, porque estas virtudes nos han sido transmitidas únicamente por la revelación divina en la Sagrada Escritura.”